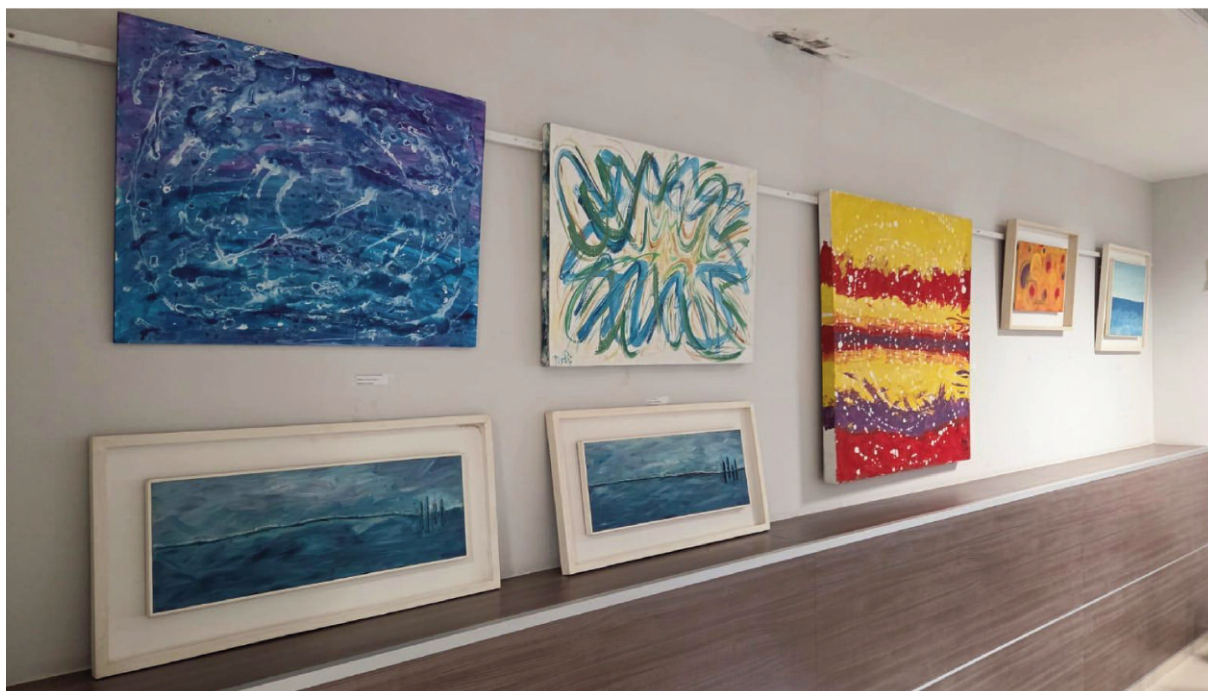




ARTE DESDE EL ALMA



Desde el jueves 7 de mayo se exponen en nuestra sede obras de la Doctora Mariana Vitali, quien es especialista en Obstetricia, que según sus propias palabras comenzó a pintar hace diez años como una necesidad.

“Había cosas que sentía y que había que decirlas. Mi forma de decirlas fue poniéndolas en pinturas y colores, siempre en movimientos abstractos, nunca pinté nada figurativo. En otras palabras, a los sentimientos les ponía color y movimiento”, cuenta.

Respecto de los materiales, afirma que utiliza fundamentalmente acrílico, pero que también optó por técnicas mixtas, de tipo collage, con elementos como madera, telas o tintas. “He pintado en bastidores, en madera, en telas, en paredes, en todo lo que encontraba que necesitaba pintar”, revela.

“Siempre fui autodidacta, no fui a ninguna escuela de pintura, pero también porque no sentí la necesidad de ir a estudiar nada teórico. Siempre pinté lo que iba sintiendo”, añade.

La exposición lleva por título “Arte desde el alma” y la autora la define como “un recorrido por los paisajes invisibles del alma. Una muestra que nace desde lo más profundo del ser, sin mapas ni estructuras, guiada únicamente por la intuición, la emoción y el pulso vital de quien crea”.

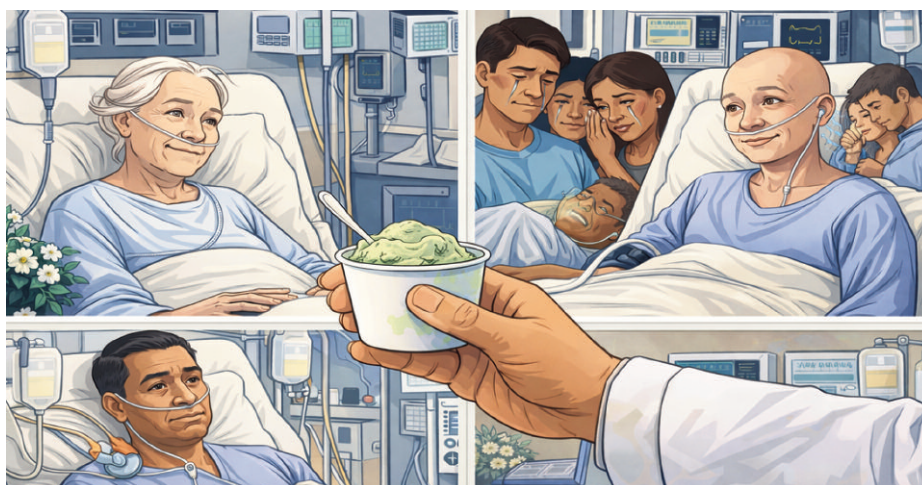
“Cada trazo, cada mancha, cada color lleva impreso un instante vivido, una emoción sentida, un pensamiento que se rehúsa a ser callado. Las obras, realizadas en acrílico, óleo y tintas, se despliegan con libertad, sin ataduras técnicas ni académicas, permitiendo que la expresión fluya con honestidad y crudeza”, añade.

La Dra. Vitali ha realizado ya dos muestras: la primera, en mayo del año pasado, en un Hotel SPA, en Salsipuedes, y en septiembre, en un bar-café literario en el Cerro de las Rosas. “Es una forma de mostrar toda la intimidad que uno siente y le pasa”, describe.



LA ÚLTIMA PREGUNTA

MÁS ALLÁ DE VASOPRESORES Y PROTOCOLOS, TRES HISTORIAS MUESTRAN CÓMO UNA PREGUNTA SENCILLA PUEDE ORDENAR PRIORIDADES, HUMANIZAR DECISIONES Y, A VECES, HACER REALIDAD LO IMPROBABLE. CÓMO LO HACEMOS FRECUENTEMENTE, LA NOTA ES LA REPRODUCCIÓN DE LA PUBLICADA POR LA REVISTA MÉDICA DIGITAL INTRAMED, EN SU SECCIÓN ARTE Y CULTURA



Autor/a: Biren B. Kamdar

Le hice la única pregunta que parecía tener sentido en ese momento.

— ¿Quieres un poco de helado?

Lo que comenzó como otra semana en la unidad de cuidados intensivos (UCI) terminó siendo una semana dedicada al helado.

Empezó con Sally, una mujer de alrededor de 60 años, ingresada con shock y una dolorosa herida en la zona sacra.

Esta hospitalización formaba parte de su batalla más amplia contra un cáncer pulmonar en estadio terminal, con metástasis difusas que moteaban sus vértebras torácicas y lumbares.

Sally recibía vasopresores en dosis bajas por el shock y parecía incómoda. Acerqué una silla para conversar con ella. Con tono resignado, dijo que tenía dolor intratable, pero que estaba más preocupada por ser desalojada de su residencia asistida por requerir más ayuda de la que podían brindarle. Las metástasis vertebrales la habían dejado casi incapaz de caminar.

Le pregunté por su familia. Me contó que se había mudado al sur de California para recibir tratamiento oncológico, recorriendo miles de kilómetros para alejarse de un marido por razones que no quiso detallar. Su único hijo vivía en otro estado y no planeaba visitarla.

Sally estaba triste. Estaba atrapada en una situación sin esperanza. De pronto, mi deseo de animarla superó tareas urgentes pendientes, como discutir su estatus de reanimación. Le hice la única pregunta que parecía tener sentido en ese momento.

— ¿Quieres un poco de helado?

Sally no esperaba esa pregunta. Se incorporó con entusiasmo, sonrió y respondió:

— ¡Sí!

Después de varias copas de helado de vainilla, su voz se volvió más firme. Al abrirse ante el equipo, reconoció que sus últimos días se acercaban y expresó el deseo de pasarlos sin dolor, en un lugar tranquilo, atendida por profesionales compasivos. Tras reunirse con el equipo de cuidados paliativos,

eligió una casa de hospicio con habitaciones privadas, jardines frondosos y un patio sereno. Fue dada de alta al día siguiente y murió allí, confortablemente, diez días después.

Tras Sally, la semana del helado continuó. Esta vez fue Gustavo, un paciente de unos 50 años. Como Sally, tenía cáncer en estadio terminal: cáncer de pene metastásico complicado con carcinomatosis peritoneal y una metástasis inguinal que protruía por la ingle.

Con sus hijos como intérpretes de inglés-español, el equipo médico acababa de informarle que había dejado de producir orina y se acercaba al final de la vida. Aceptó ingresar a la UCI para recibir vasopresores temporales, de modo que familiares y amigos pudieran despedirse.

Al sentarme a su lado, parecía retraído; su esposa e hijos lloraban. En mi mejor español de secundaria le pregunté por su vida. Dijo que era agricultor de lechuga y que había dedicado su vida a sostener a su familia. No quería hablar de sus problemas médicos. No quería hablar de cómo demoras y dificultades de acceso habían permitido que una pequeña lesión en la punta de su pene se diseminara rápidamente a la ingle y al abdomen. No quería hablar de la penectomía total que tuvo que atravesar. No quería hablar de cuántos profesionales le habían hablado directamente en su lengua materna. No quería hablar de su muerte inminente.

Recordando a Sally, hice la única pregunta que parecía tener sentido en ese momento:

— ¿Quieres helado?

Gustavo me miró igual que Sally.

— ¿Sí? ¿Helado?

— Por supuesto —tenemos vainilla, fresa y chocolate.

— ¿Pistacho? —preguntó.

No sabía si había pistacho, pero lo intentaríamos. “Vamos a buscarlo”, respondí.

Y, efectivamente, la enfermera encontró helado de pistacho. Gustavo comió bastante esa noche mientras recibía visitas. Tras una noche tranquila, su shock progresó y murió confortablemente a la mañana siguiente, con su familia al lado.

La tercera historia ocurrió al día siguiente. Era sábado por la mañana cuando ingresó Cathy, una paciente de casi 60 años. Como Gustavo, había dejado de orinar; como los anteriores, tenía un cáncer grave: una masa pélvica del

tamaño de un melón que comprimía sus órganos internos.

Durante la ronda matutina, el equipo de oncología ginecológica nos informó que le habían comunicado que no existían opciones terapéuticas y que debía considerar cuidados al final de la vida. Ella no recibió bien la noticia y pidió alternativas para prolongar su vida.

Al entrar, el ambiente era sombrío, con hijos adultos y su esposo llorando junto a la cama. Al sentarnos, nos contó que era enfermera y que llevaba una vida activa hasta cuatro meses antes, cuando lo que creyó una infección urinaria resultó ser un tumor ovárico grande e irreseccable.

A medida que avanzaba la conversación, Cathy mostró lucidez ante su situación. Sabía que moriría pronto y que las intervenciones heroicas serían fútiles, pero expresó un fuerte deseo de vivir lo más posible.

Pensé en Gustavo y su helado de pistacho.

— Un paciente en la habitación contigua murió ayer — le dije—, pero antes supimos que quería helado de pistacho. Mientras enfrenta la muerte, ¿cuál es su helado de pistacho?

Cathy reflexionó.

— Mi hijo y su prometida se casan en unos meses — dijo—. Me gustaría vivir lo suficiente para verlos casarse.

No esperaba esa respuesta. Aunque iniciativas como el 3 Wishes Project ofrecen orientación formal para cumplir estos deseos, aquella semana aprendí que un enfoque más simple podía ser suficiente: acercar una silla, conectar, ofrecer helado. Eso podía aportar claridad, definir objetivos realistas y, a veces, hacer posible lo imposible.

— ¿Por qué no hacemos la boda hoy? —pregunté.

La propuesta fue aceptada de inmediato. El equipo y la familia organizaron todo. Una amiga organizadora de eventos consiguió un violinista. Mi esposa e hijos llevaron decoraciones. La familia llamó al sacerdote. El personal compró un pastel. Amigos trajeron comida. Seis horas y media después de preguntar por el helado, la pareja intercambió votos ante 40 personas en la habitación del hospital.

Más tarde, Cathy nos recibió vestida, con joyas, peluca y maquillaje.

— Estoy feliz —dijo—. Ahora estoy lista.

Pidió traslado a la unidad de hospicio.

Al salir, un familiar me ofreció helado. Acepté —no por el helado en sí, sino por las conexiones y actos de bondad que había llegado a representar.